

y convenciendo que habia sido Redentor del género humano con lugares claros de la Escritura, y con hechos innegables, á que no tuvieron que responder, fué declarado enemigo de la ley, y como tal sentenciado á ser apedreado. Llegando el Santo al lugar del suplicio, se hincó de rodillas, y levantando los ojos y las manos al cielo, dió gracias al Señor por la merced que le hacia en morir por defender su santa religion; hizo oracion por todos los presentes, y por toda su nacion; la que concluida fué cubierto de una espesa lluvia de piedras. Añadé el mismo libro, que no pudiendo sufrir este género de suplicio los Romanos que gobernaban la provincia, contuvieron el furor de los que le apedreaban, y hallando al Santo medio muerto, por despenarle acabándole de matar, le cortaron la cabeza. Sucedió el martirio de S. Matías el día 24 de febrero, aunque no se sabe precisamente en qué año.

Su sagrado cuerpo, segun la mas constante tradicion, de la que no tenemos motivo sólido, ó á lo menos convincente para separarnos, fué traído á Roma por Sta. Elena madre de Constantino; y hasta hoy se venera en la iglesia de Santa María la Mayor la mas considerable parte de sus preciosas reliquias. Asegúrase que la otra parte de ellas se la dió la misma santa emperatriz á S. Agricio, arzobispo de Tréveris, quien las colocó en la iglesia que hasta hoy tiene la advocacion de S. Matías.

EL BEATO SEBASTIAN DE APARICIO.

EL beato Sebastian de Aparicio tan celebrado en el nuevo mundo Mejicano por su portentosa vida, nació en el año 1502 en una pequeña aldea de la provincia de Galicia llamada Gudina, perteneciente al obispado de Orense. Fueron sus padres Juan de Aparicio, y Teresa del Prado, que si bien pobres en los bienes de fortuna, eran muy ricos en virtudes. Dedicáronse estos entre las fatigas de la agricultura de que se mantenian, á dar al niño una educacion cristiana; pero como Dios le habia prevenido con todas aquellas disposiciones de naturaleza, y de gracia para los nobles designios que sobre él tenia su adorable Providencia, comenzó desde luego á dar en su infancia señales nada equívocas de las heróicas virtudes á que llegó con el tiempo. Aplicáronle en sus primeros años á que apacentase un pequeño rebaño de ganado que tenia su padre, destino muy acomodado al genio de Sebastian amante del retiro, y de la soledad; pero aunque aquella rústica ocupacion trae consigo la ociosidad, muy distante de esta madre de los vicios el Beato, empleaba todo el

tiempo en el estudio de la oracion, y en la práctica de las virtudes; dejándose ver con una simplicidad de vida verdaderamente admirable, y con una inocencia de costumbres mas angélica que humana.

Quiso Dios probar la eminente virtud de Sebastian en sus mas tiernos años, al paso que acreditar su especial cuidado en la conservacion de aquella dichosa criatura. Formósele un espantoso tumor en la cabeza, y graduando aquel sintoma extraordinario por señal de la peste que por aquellos tiempos hacia grandes estragos en España, fué preciso sacarle de la poblacion, y llevarlo á un lugar desierto, para que no comunicase á otros el contagio. Quedó el pobre niño solo en una humilde choza debajo la proteccion de la divina Providencia, sin otro auxilio que el escaso alimento que le traia su solícita madre; pero como para mantenerse era preciso buscar el sustento necesario, sucedió un dia que al volver á su miserable habitacion, se arrojó á él un lobo hambriento que se habia entrado en ella, el que haciendo presa del tumor, lo rompió; y saliendo de él el humor melancólico, quedó Sebastian perfectamente sano.

Despues que empleó el Beato algunos años en los ejercicios rústicos, lo llamó interiormente una voz superior (como á otro Abraham) á que dejase su patria para ir donde le destinase la divina Providencia. Obedeció Sebastian á la inspiracion del cielo, y poniéndose en camino por Castilla, se puso á servir en Salamanca á una señora viuda, jóven, rica, y muy graciosa, que le empleó en trasportar frutos de unas posesiones para el surtido de su casa. Cumplió el Beato con tanta fidelidad, y con tanta exactitud este, y otros encargos que fió á su cuidado la señora, que poseida de una ciega pasion, puso en una terrible prueba la virtud de su sirviente. Hizole entrar una noche en su aposento á pretexto de encender la luz, y comenzó á provocarle á la impureza hasta el extremo de despojarlo de todos sus vestidos; pero luego que advirtió el casto jóven la vehemente tentacion del ama, reprendió severamente su libidinosa licenciosidad. No contento con esto, se partió á la provincia de Estremadura, y en la ciudad de Zafra se puso á servir á un sugeto poderoso llamado D. Pedro Figueroa, que le dió el cargo de trasferir los paños que se tundian en un batan propio. Habíase fijado allí el Beato, solo con el objeto de ocurrir á su necesidad: mas queriendo seguir el impulso superior que le impelia á continuar su viaje, pasado algun tiempo, se condujo á San Lucar de Barrameda, donde entró por criado en casa de una viuda que tenia dos hijas muy sobresalientes. La fidelidad, y el porte que obser-

vó Sebastian en el servicio de aquellas señoras, le granjearon toda su benevolencia; pero como el demonio no podia sufrir tanta virtud en un jóven de tan cortos años, procuró manchar su castidad inflamando el corazon de una de aquellas doncellas con las impuras llamas de un afecto sensual hácia su sirviente; tal, que ciega de una violenta pasion, viendo que no tuvieron efecto los diferentes arbitrios de que se valió para que condescendiese con sus impuros designios, llegó á proponerle que se casase con ella. Resistióse siempre con valor el Beato á todas las provocaciones de la ciega doncella, y conociendo que el modo de precaver semejantes peligros era la fuga, resolvió abandonar aquella casa, y reducirse de nuevo á su antiguo ejercicio de la labor, mediante á tener experimentado que la vida rústica estaba mas distante de los riesgos á que se vió espuesto en las referidas ciudades.

Ocupóse algunos años en el cultivo de una pequeña heredad sin separarse jamás de la práctica de las virtudes, especialmente de la oracion que era el fuerte de todas sus atenciones, sin interrumpir este ejercicio aun en medio de sus viajes; pero queriendo seguir los interiores impulsos que en otro tiempo le habian llamado á obedecer los designios de la divina Providencia, determinó trasferrirse á las Indias occidentales. Retardó algun tiempo este viaje un suceso bien estraño, que fué el siguiente: huyóse de casa de sus padres una doncella de aquellos contornos con un mancebo igual en circunstancias, pero desigual en los bienes de fortuna; y para no caer en manos de los padres que los seguian con las mas vivas diligencias, se vieron forzados á transitar por caminos inusitados hasta llegar á la habitacion del Beato; pero como la oscuridad de la noche, y el cansancio de la precipitada marcha no permitiesen á la delicada doncella pasar adelante, le pidió el jóven al Beato por amor de Dios, que la diese acogida hasta su vuelta. No sabia el siervo de Dios cosa alguna de la fuga; y compadecido de la molestia de la señora, no tuvo reparo en hospedarla, cuidando de ella por mas de cuarenta dias. No volvió en este tiempo á parecer el amante, y repugnando la doncella volver á casa de sus padres, procuró hacerse amar de su huésped, ofreciéndole casarse con él para que la llevase á las Indias, adonde estaba dispuesto á pasar en breve. No condescendió Sebastian con tal propuesta: antes bien redobló las cautelas que en defensa de su honestidad habia observado siempre; pero habiendo entendido la fuga de la noble jóven, la restituyó á sus padres, que le dieron repetidas gracias por haberla preservado de todos los peligros á que se vió espuesta.

Libre ya el Beato de tantas, y tan molestas intrigas, no quiso retardar por mas tiempo sus resoluciones sostenidas de los impulsos de la Providencia: embarcóse por Nueva España, y despues de una próspera, aunque dilatada navegacion llegó al reino de Méjico, y desembarcó en el puerto de Vera-Cruz en el año 1533 cuando contaba treinta de edad; pero no pareciéndole oportuno fijar allí su residencia, se trasfirió á la ciudad de los Reyes, donde se aplicó á la agricultura. Dedicóse á domar para el servicio de ella los bueyes silvestres, que habia en gran número dispersos por aquellos bosques, con conocidas ventajas de los pueblos vecinos, los cuales no se atrevieron nunca á semejante empresa aunque utilísima, porque la tenian por de insuperable dificultad. Salió Sebastian con su intento, y domó tantos pares, que pudo suministrar á otros con abundancia, principalmente á los pobres, para con quienes mantuvo siempre una caridad sin limites; por cuya piadosa conducta se adquirió entre aquellos naturales la benevolencia, el amor, y la veneracion de tal manera, que todos le amaban como á bienhechor, y le respetaban como á varon santo.

Pensó el Beato dar mas estension á la utilidad de sus bueyes; y siendo desconocido en aquel país el uso de las carretas, las hizo construir á un amigo suyo carpintero, que habia venido tambien de España; facilitando por este medio el transporte de las labores de las minas de Santa María de Zacatena á Méjico: y para hacer mas activo este tráfico, abrió nuevos caminos por medio de las montañas, y de los bosques impenetrables no solo desde Méjico á Zacatena, sino hasta la ciudad de los Angeles; empresa ciertamente tan ardua, que hasta entonces no habia podido efectuarse. De aquí resultó verse Sebastian poseedor de muchísimas riquezas, de las cuales se servia para socorrer á toda clase de necesitados; por lo que los Chichimecas, hombres feroces y bárbaros, no ejecutaban á su vista los enormes daños que acostumbraban hacer á los pasajeros. Bajo este conocimiento los que tenian precision de transitar por aquellos parajes, se fiaban en la compañía del siervo de Dios, que les defendía de todo insulto.

Despues que empleó el Beato algunos años en esta ocupacion, abandonó á Méjico, y se condujo á una aldea llamada Capultepeque, distante poco mas de media legua de la ciudad, donde se dedicó nuevamente al ejercicio de la labor; pero sin desatender á perfeccionar su espíritu con la práctica de todas las virtudes: por lo mismo vestia con singular modestia, su alimento era muy ordinario y grosero, su descanso escaso

+ Zacatecas

y desacomodado, sus conversaciones santas, su oracion muy frecuente, solicitando por ella aquella íntima union con Dios, á que le impelia el agradecimiento de sus grandes beneficios. Mostraba siempre un celo fervoroso por la salvacion de las almas, para cuyo logro daba instrucciones á los ignorantes, y correcciones á los delinquentes, ya suaves, ya serias, segun lo exigian las circunstancias, siendo siempre eficaces sus exhortaciones, porque siempre iban acompañadas con el ejemplo.

Si fué grande el celo con que se interesó el Beato en el bien espiritual de sus prójimos, no fué menor la ardiente caridad con que atendia al socorro de todas sus necesidades temporales: tanto que solia decir que no tenia placer el dia que no se le ofrecia ocasion de ejercitarse en alguna obra de misericordia. Con esta mira ejecutaba grandes limosnas; hacia empréstitos de toda especie sin el menor interés; pagaba deudas á los pobres para libertarlos de las molestias de sus acreedores; proveia dotes á las doncellas, á quienes la mendicidad esponia á peligro de corromperse; esto sin el diario que alimentaba, y suministraba á muchas familias miserables. En suma, su casa era el refugio de todos los necesitados, donde haciéndose todo de todos el siervo de Dios, ofrecia comida á los hambrientos, hospitalidad á los peregrinos, asistencia á los enfermos, confortacion á los afligidos, y auxilio á los oprimidos; de suerte que en consideracion de estos oficios piadosos todos y cada uno le miraban como un bienhechor, y como á un padre comun del pueblo.

Quiso Dios probar la virtud del Beato, á quien hasta entonces habia colmado de prosperidades, por medio de una enfermedad tan peligrosa que le redujo al estremo de su vida, y resignado como siempre en la voluntad divina, se dispuso á morir con las preparaciones fáciles de creer en un espíritu todo abrasado en las llamas de una ardiente caridad. Recibió los últimos Sacramentos, y multiplicando su fervor con los intensísimos actos de las virtudes teologales, esperaba de momento aquel feliz instante de unirse íntimamente á su Señor; pero como aquella enfermedad no era de muerte sino de prueba, cuando pareció al Altísimo le restituyó á su primitiva salud.

Volvió Sebastian á sus acostumbrados ejercicios, y porque esperimentó en la enfermedad, que el ser solo le privaba de aquella asistencia tan necesaria en semejantes ocasiones, pensó en el estado del matrimonio, si acaso encontrase una compañera, con quien, á imitacion de S. José y la Santísima Virgen, viviese en una santa union sin pérdida de la castidad. Sabida

111111111 +

la intencion del Beato, le ofreció un hombre tan pobre como honrado á una hija de corta edad, pero de mucha virtud, rogándole que la admitiese por esposa, para que de aquel modo la pusiese á cubierto de los peligros á que estaba espuesta por su mendicidad. Aceptó el Beato el partido, y se desposó con ella, siendo ya de sesenta años: persuadióla á vivir virtuosamente, y se condujo de una manera tan sumamente escrupulosa, que para conservar su inocencia, se acostaba sobre una estera tendida en el duro suelo muy retirado de la cama de la doncella, teniéndola en lugar de hija, igualmente que la misma á él en el de padre con cuyo nombre le llamaba. Desagrado con el tiempo el porte del Beato á los parientes de su esposa, que solo deseaban asegurar con la sucesion la herencia de sus cuantiosos bienes; y aunque antes habian aprobado sus santas intenciones, atribuyendo á su virtud la continencia, con todo movidos del vil interés, determinaron denunciarlo á la justicia. No alteró la tranquilidad de Sebastian semejante resolucion, porque persuadido que su casta esposa vivia contenta, y que Dios no habia de permitir que fuese ultrajado su procedimiento, esperaba en el Señor que tomara providencia. En efecto envió á la esposa una enfermedad incurable, que á breves dias la quitó la vida no sin grande sentimiento del Beato, quien desentendiéndose de las injurias hechas por los parientes de la difunta, distribuyó entre ellos la porcion dotal que le habia asignado en el contrato matrimonial.

Ya viudo Sebastian se trasladó de Capultepeque á Tlancapantla, lugar poco mas de una legua distante de Méjico, donde entre sus acostumbradas obras de piedad fué una colocar á sus expensas en un conservatorio á una pobre doncella, que por su indigencia corria gran riesgo de peligrar. Pasado algun tiempo, fué á saber si estaba cuidada, y asistida segun sus buenos deseos, y hallándola llena de sentimientos de gratitud, y sobre todo de una suma inocencia, creyó que consentiria sin dificultad en ser compañera suya, y vivir con él en una union santa sin lesion de la virginidad. Manifestó Sebastian su pensamiento al padre de la doncella, y aceptado con grande complacencia por ambos, se celebró el matrimonio, siendo el Beato cerca de la edad de sesenta y tres años. Aquel diligente cuidado, y aquel virtuoso comedimiento que observó Sebastian con su primera consorte, guardó con la nueva esposa para que no peligrase su castidad, que era la joya que deseaba conservar inviolable hasta la muerte. Cayó en este tiempo en una enfermedad grave, y habiendo hecho su testamento con varias pia-

+ Zacarias

dosas disposiciones, instituyó heredera á su consorte, declarándola virgen, é intacta conforme la recibió de sus padres. Quiso Dios restituírle á su primera salud, y entendidos los padres de la declaracion que Sebastian habia hecho, llevados del mismo interés que los parientes de la primera esposa, incurrieron en los procedimientos de aquellos; pero asegurado el Beato de las intenciones de su esposa, y de que ella no dió motivo para las quejas de sus padres, no alteró en nada su correspondencia. En este intermedio ocurrió la muerte de la nueva consorte, y aunque fué grande la pena que le causó esta pérdida, con todo se consoló con haber educado dos candidas palomas para el cielo; mas no acordándose de los resentimientos que le ocasionaron sus padres, les dió la dote ofrecida, como lo hizo con los deudos de la primera.

La conducta que observó el siervo de Dios con sus dos mujeres, pareció á algunos menos virtuosa, y menos prudente; pero debe advertirse, que para proceder de este modo en el matrimonio, fué sin duda movido de impulsos superiores, los que le condujeron en todo el resto de su vida por caminos extraordinarios para mayor gloria de Dios. Así lo advirtieron los doctores de las célebres universidades de Sorbona, de Salamanca, y de Padua, que consultados sobre este punto, respondieron: haber obrado el Beato virtuosamente; cuyas respuestas se imprimieron en Roma en idioma latino en el año 1722.

Luego que Sebastian se vió segunda vez viudo, se dedicó mas que nunca al ejercicio de las virtudes, y á la beneficencia para con los prójimos con un desprecio total de sí mismo; tanto, que en su vestido, en el alimento, y en el descanso no procuraba otra cosa que el menosprecio, la incomodidad, y la mortificacion: pensando únicamente en la resolucion que debia tomar para asegurar su eterna salvacion, y emplear sus haberes en obras que cediesen en mayor gloria de Dios. En este estado se valió el demonio de todos los artificios de su malicia para desvanecer sus nobles ideas; pero de todo se libró Sebastian asistido de la divina gracia, sin otras armas que las de la oracion, y las de la penitencia.

Inspiró en fin el Señor al Beato el pensamiento de abandonar enteramente al mundo para hacerse religioso, y sin escuchar las razones que en contrario le disuadian, se fué al convento de religiosos Franciscos de Méjico, ó del de Tlaneplantla, y presentándose á su confesor, le manifestó los ardientes deseos que tenia de corresponder á la vocacion á que se sentia llamado eficazmente. Aunque el prudente director tenia un perfecto cono-

cimiento de las grandes virtudes del pretendiente, con todo le aconsejó que encomendase á Dios aquel grave negocio para entender mejor su divina voluntad. Hizolo Sebastian puntualmente; pero no pudiendo sufrir por mas tiempo las dilaciones de su director, fueron tales las instancias que le hizo, que le persuadió que vistiese por entonces el hábito de Oblato, ó de Tercero, distribuyendo sus bienes entre los pobres, de los que diera parte á las religiosas de Santa Clara que se hallaban necesitadas, á cuyo servicio seria aplicado despues. Apreció Sebastian aquel dictámen, y habiendo hecho donacion en forma de muchas propiedades en favor del monasterio de Santa Clara, se dedicó al servicio de las mismas religiosas cuando contaba cerca de sesenta años. Mantúvose por espacio de dos años enteros en aquel destino; pero como sus deseos eran llegar al estado de profeso, pidió á los superiores de la religion Seráfica con sumisas súplicas, que le concediesen la gracia de religioso lego; y como les constaban las sublimes cualidades del siervo de Dios, le admitieron gustosos en el convento de Méjico, siendo de sesenta y nueve años de edad.

Fáciles son de creer los progresos que haria Sebastian en la religion, cuando antes de abrazar este estado se dejó ver entre los peligros del mundo como un modelo acabado de perfeccion: su humildad, su obediencia, su mortificacion, su devocion, su modestia, y su ingenioso estudio en toda clase de virtudes llenaron de admiracion á los mas ancianos religiosos, pues viendo que todas sus acciones, y todas sus conversaciones respiraban cierto aire de santidad, se persuadieron que dentro de breve tiempo daria el venerable anciano mucho honor al Seráfico Instituto. Al compás que se adelantaba el novicio á grandes pasos en el camino de la perfeccion, continuaba el demonio en conturbarlo por todo género de tentaciones: apareciasele especialmente por las noches con visiones espantosas, con fantasmas extraordinarias, dando horribles aullidos y gritos espantosos; pero notando que de nada aprovechaban semejantes invenciones, tomó el partido de descargar sobre él recios golpes hasta dejarlo lleno de cardenales, y de trasportarlo á diversos lugares, todo con el objeto de hacerle abandonar su buen propósito: mas como el Beato tenia en Dios colocada toda su confianza, se burlaba de todos los ridiculos esfuerzos del porfiado enemigo, redoblando el rigor de sus penitencias, sin disminuir un punto aquel fervor con que habia comenzado su carrera.

Estaba Sebastian cerca del término de su noviciado, y cuando esperaba el dia de unirse mas estrechamente con su Dios por

medio de los votos solemnes, buscó el enemigo como impedirlo, incitando á algunos religiosos para que se opusiesen á la profesión á pretexto de su avanzada edad, no obstante de estar abonada con sus singularísimas virtudes. Por esta causa se retardó algunos dias la solemnidad de aquel acto, no sin mérito del siervo de Dios, que le tuvo muy grande en la heroica resignacion con la voluntad divina; pero habiéndose desvanecido todas las dificultades que ocurrieron, hizo su profesion en el dia 13 de junio del año 1573, que era en el que cumplia setenta y uno de su edad. Quiso Dios consolar las aflicciones de su amado, y apareciéndosele el seráfico Patriarca en las tres noches consecutivas á la profesion, lo alentó á perseverar con constancia en la carrera religiosa: asegurándole que el Señor le tenia preparado un gran galardón en premio de las angustias que habia padecido, y de las tentaciones con que le afligió el demonio.

Hecha su solemne profesion, le destinó el provincial al convento de S. Juan de Tecali, donde se mantuvo un año cumpliendo exactamente con todo lo que le mandó la obediencia. De allí fué trasferido á la ciudad de los Angeles con la ocupacion de limosnero; y aunque su edad era avanzada, sujeto á la incomodidad de una hernia que le sobrevino en aquel empleo, jamás dejó este penoso ejercicio ni en los calores insufribles del estío, ni en los rigurosos frios del invierno, ni en las lluvias, ni en las nieves, ni en cualesquiera otra intemperie de las estaciones; pero con la particularidad de ir siempre descalzo, mal cubierto, y sin prevencion alguna solo confiado en la divina Providencia. Las noches pasaba parte en oracion, y parte en un incómodo reposo sobre el desnudo suelo á la inclemencia, sin omitir este género de mortificacion, aun cuando le estrechasen los bienhechores á que se recogiese bajo de cubierto por evitar las lluvias, las nieves, y heladísimas escarchas.

Ofendian mucho á la profunda humildad de Sebastian los elogios, y la estimacion que todos hacian de su persona: y como sus deseos no eran otros que el que le despreciasen para tener materia en que merecer, se valió del arbitrio de ocultar los grandes dones, y los favores singulares con que el Señor le habia enriquecido. Aparentó una grosera rusticidad, y una suma estolidez; y engañados algunos de sus hermanos de esta afectada simplicidad, le acusaron á su superior como hombre ignorante, mas apto para vivir con bueyes con los que se crió siempre, que con personas religiosas. Movidó el prelado de estos informes le reprendió severamente, le quitó el oficio de limosnero, y dándole en cara con su fatuidad, le hizo volver al no-

viciado para que aprendiese á vivir como religioso. No replicó el Beato á esta extraordinaria disposicion: antes bien humillándose con una entera resignacion, sufrió bajo la disciplina del maestro de novicios muchas indiscretas mortificaciones, confesando merecerlas por sus graves pecados; pero como observasen los religiosos que no hallaba cosa alguna reprehensible en la conducta, y si un cumplimiento exacto de todas sus obligaciones, no pudieron menos de conocer que tanta paciencia, tanta resignacion, tanta obediencia, y tanta mansedumbre eran nacidas de una sabia industria del Beato para ejercitar su profunda humildad, que es el fundamento de todo el edificio espiritual. Con este conocimiento fué restituido dentro de poco tiempo en su empleo de limosnero con grande dolor de aquellos mismos hermanos, que dejándose llevar de las apariencias habian sido la causa de que padeciese tantos trabajos; resultando de aquí tenerlo en mayor concepto.

Volvió Sebastian á tomar el encargo, así porque se lo impuso la obediencia, como porque en los montes, en los campos, y en las selvas hallaba mas proporciones para conversar con Dios por el conducto de la oracion, que era el objeto principal de todas sus atenciones. Continuó el oficio hasta la muerte en unos países tan distantes, tan escabrosos, y tan incómodos, sin que estas circunstancias, el cansancio, la intemperie de las estaciones, ni sus habituales enfermedades, le dispensasen jamás sus asombrosas mortificaciones, con que renovó aquellas espantosas imágenes de penitencia oidas en los desiertos de Egipto. Hizose por lo mismo el objeto de admiracion de toda aquella region, y aun de la compasion de muchas gentes, viéndole varias veces andar á pié descalzo por los hielos corriendo sangre por las heridas: otras cubierto de nieve por su constante costumbre de tomar algun descanso por las noches á la inclemencia: otras arrojarle á estanques de agua helados, y retener el hábito mojado sin hacer diligencia para enjugarlo: sin mantenerse de otra cosa ordinariamente que de un poco de pan, y agua. A esto añadía frecuentes disciplinas de sangre; con las cuales se lastimaba, de modo, que siempre estaba lleno de heridas, y verdugones. De los fuertes golpes que se daba en el pecho con una piedra, se le formó una encallecida llaga, de la que muchas veces le salia abundante sangre; y para que no estuviese un solo momento sin mortificacion, traía de continuo un áspero cilicio tan ceñido á la carne, que cuando murió, no se le pudo arrancar sin mucha dificultad. Seria necesario dilatarnos mas de lo que permite un resumen á querer referir individualmente todas las virtudes en que se

ajercitó el siervo de Dios; pero basta decir que en las teológicas, y en las morales llegó á aquel grado de heroicidad que declaró el oráculo de la Iglesia. El obrador de todas las maravillosas acciones de Sebastian era el ardiente amor que profesaba á Jesucristo; no siendo fácil que alguno otro bienaventurado le escediese en el afecto, ni en la ternura con que amaba al Redentor del mundo. Este era el iman que le atraía con tanta violencia, que ningun objeto criado era capaz de variar sus movimientos, ni separarle de su centro. El ardiente fuego de esta caridad era el que endulzaba todos los trabajos, todas las injurias, y todas las contradicciones que padeció en su vida: él era el que le hacia quedarse á la inclemencia por las noches para contemplar en las grandezas de Dios, viendo los cielos, y los astros hechuras de la mano omnipotente: él era el que aun en las estaciones mas rígidas le impelia á entrar en los estanques helados, á fin de templar algun tanto el interior ardor en que se abrasaba su pecho: él era el que en medio de su acostumbrado silencio le obligaba á prorumpir en exclamaciones fervorosas: él era el que le dejaba inmóvil, enajenado de los sentidos, á veces todo encendido é inflamado el semblante; y elevado de la tierra se dejaba ver en dulces ratos enteramente embebido en Dios: cuyo honor, y gloria procuraba en todas sus acciones, y pensamientos. De esta raiz provenia aquella caridad sin limites con que atendia el Beato á beneficiar á los prójimos, con quien despues de haber invertido todos sus bienes se empleó todo él mismo. Son inesplicables las fatigas que sufría gustoso aun en su edad tan decrepita por atender al socorro de toda clase de necesitados. La pobreza le infundia una compasion tan tierna, que al ver algun mendigo quedaba tan penetrado su interior, que aparecian en su rostro las señales de su piedad. Así buscaba él mismo la limosna para alimentarlos, y no pocas veces se privó de su hábito para vestir al desnudo. Sobre todo se manifestaba sensibilísimo de los enfermos, á los que asistia infatigable, exhortándoles á la paciencia, y á la resignacion. Si era grande la caridad del siervo de Dios para con las necesidades corporales de sus hermanos, era mayor sin comparacion en orden á su bien espiritual; á cuyo fin suplicaba al Señor de continuo por la conversion de los pecadores, y por la perseverancia de los justos: esto sin cesar de promover todos los medios que le eran posibles para la consecucion de tan importante objeto.

Quiso Dios recomendar la eminente santidad de su fidelísimo siervo con esquisitos favores, y particulares dones, como fueron el de profecía, el de penetracion de los secretos de corazon, y el

de milagros; honrándole con muchas celestiales visiones, ya de la Santísima Virgen, ya de los Angeles, ya de los Santos sus abogados: especialmente de su seráfico Patriarca, del apóstol Santiago, y de S. Diego de Alcalá á quienes profesaba una particularísima devocion. Tambien se dignó concederle el conocimiento de los misterios mas sublimes, y elevados de nuestra santa Religion: con mas un poder extraordinario sobre las cosas inanimadas; y un dominio prodigioso sobre los animales mas bravos, que á la voz del Beato quedaban al instante mansos, y domesticados como si fuesen unos mansos corderos.

Conoció en fin Sebastian por la debilidad de su naturaleza, nacida de sus continuos trabajos, y del rigor de sus penitencias, que se acercaba el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales; y aunque toda su vida fué una continua preparacion para la muerte, con todo en los últimos periodos hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Agravóse mas su habitual enfermedad de la hernia que padecia: y aumentándose á ésta una ardiente calentura junto con inflamacion, fué preciso trasferirlo á la enfermeria de su convento. No pudo recibir el viático á causa de sus continuos vómitos, y consiguió que á lo menos le llevasen el Sacramento Eucarístico para adorarlo: y fortalecido con la santa uncion, lleno de celestiales consolaciones, fijos los ojos en un crucifijo que tenia en sus manos, invocando el dulce nombre de Jesus, pasó su dichosa alma á gozar de la vision beatifica en el dia 25 de febrero del año 1600, que era el noventa y ocho de su edad, y el veinte y seis de religioso.

En la mañana siguiente al feliz tránsito del Beato transfirieron los religiosos á la iglesia el venerable cadáver con la pompa, y con el acompañamiento que exigia su mérito para darle sepultura; pero se vieron en la precision de diferirlo, porque habiendo concurrido de repente una innumerable multitud de personas de todas clases, aun de aquellos lugares en que jamás se habian oido las campanas del convento, diciendo reciprocamente sin saber como: Vamos á ver el Santo que ha muerto en el convento de S. Francisco; les fué preciso dejarlo en el féretro por espacio de cuatro dias enteros, para satisfacer la devocion de las gentes que á todo poder solicitaban tocar el cadáver, besarlo, y cortarle algun fragmento del hábito por conservarlo como preciosa reliquia. Mantúvose en este tiempo el cuerpo flexible como si estuviese con su calor natural, despidiendo de sí un olor suavísimo, y aun algunos obtuvieron muchas gracias milagrosas que el Señor obró por intercesion del Beato. Abrióse el venerable cadáver antes de darle sepultura, y salió de él tanta sangre fresca, viva

y natural, que además de haber manchado notablemente el vestido del cirujano que hizo la operacion, se empapó en ella un lienzo para conservarlo. Halláronse las entrañas blancas, y defendidas de toda corrupcion; las que estraidas, y puestas aparte fué enterrado el resto del cuerpo en la capilla mayor de la iglesia del convento de S. Francisco de la ciudad de los Angeles, donde despues se visitó muchas veces el santo depósito: una en la noche del 19 de julio de 1600: otra en el 29 de junio de 1602: otra en el 7 de junio del mismo año: y otra en el 28 de abril de 1632: y en todas se tomaron auténticos testimonios de la incorrupcion, é inflexibilidad del cuerpo del siervo de Dios. Con esta justificacion se recurrió á la santa Sede para tratar de su beatificacion, y examinadas por la Sagrada Congregacion de Ritos sus virtudes, fueron declaradas en grado heróico por el papa Clemente XIII: y aprobados algunos de los milagros del siervo de Dios por el sumo pontífice Pio VI, decretó finalmente su solemne beatificacion en el dia 17 de mayo de 1789.

SAN VALERIO, CONFESOR.

UNO de los muchos Santos que ilustraron con sus prodigiosas vidas la provincia de Vierzo fué S. Valerio, tan célebre por sus heroicas virtudes como por la invicta paciencia con que sufrió las mas violentas persecuciones que le ocasionaron sus émulos. Nació Valerio en el territorio de Astorga, y educado desde la cuna en el seno de la religion cristiana, siguió fielmente todas sus piadosas máximas, arreglando sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, cuyo santo temor quedó grabado en su pecho desde que se despertó en él la luz de la razon. Conoció en su juventud los peligros á que están espuestos los hombres entre el tumulto de los mundanos, y como sus deseos no eran otros que atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion, resolvió buscar asilo á su inocencia en el retiro de algun claustro religioso. Puso la mira en el monasterio de Compludo fundado por S. Fructuoso, arzobispo que fué de Braga, floreciente por entonces en mas activo fervor de la observancia religiosa; pero no teniendo efecto su entrada por algunos impedimentos que ocurrieron, resignándose el ilustre jóven con la voluntad de Dios que así lo disponia para que brillase su inalterable paciencia, se retiró á una ermita contigua al castillo llamado de la Piedra en el obispado de Astorga, con firme resolucion de seguir en aquel lugar solitario el tenor de vida que observaron los mas rígidos anacoretas. Con efecto su silencio, su oracion, su ayuno,

su abstinencia, y sus penitencias asombrosas renovaron las espantosas imágenes de mortificacion oidas hasta entonces á los mas famosos solitarios.

Estendióse la fama del célebre eremita por toda aquella region, y atraidas del buen olor de su eminente virtud las gentes de la comarca, comenzaron á frecuentar su oratorio con el objeto de disfrutar su santa conversacion, y sus saludables consejos, en agradecimiento de lo cual le ofrecian abundantes limosnas, para que se mantuviese, é invirtiese en socorro de muchos pobres que concurrían á visitarle. Estaba la ermita á cargo de cierto clérigo llamado Flayno, cuya obligacion no le escitó á tener el mas mínimo cuidado de ella, hasta que vió la multitud de ofrendas que daban los fieles á Valerio. Quiso apoderarse de estas piadosas contribuciones, y no teniendo título alguno legítimo para apropiárselas, comenzó á perseguir al Santo de tal suerte, que le fué preciso abandonar el oratorio, para no dar motivo á la desenfadada codicia del avaro sacerdote. Retiróse á una espantosa soledad; pero ni allí le dejó quieto Flayno, teniendo la osadía de quitarle los libros que habia escrito por su propia mano á pretesto de que pertenecían á su iglesia.

Sintieron en el alma las gentes de aquellas montañas la injusta persecucion que causaba al Santo el mal sacerdote, los insultos y los malos tratamientos que le hacían los ladrones que se refugiaban entre las malezas del espeso monte donde se retiró Valerio, y añadiéndose á esto el no poder tolerar la ausencia de aquel á quien veneraban como padre espiritual, en el que tenían todo su consuelo, le obligaron con sus incesantes súplicas á que se estableciese en una heredad llamada Ebronato, en la que le erigieron un oratorio, donde concurrían á visitarle, y á oír sus saludables instrucciones. Pareció al siervo de Dios que tendría allí quietud para dedicarse á la oracion, y á la lectura sagrada, que eran los principales objetos de todas sus atenciones; pero como el Señor queria acrisolar mas su virtud, permitió que le sobreviniese otra persecucion mas cruel que la antecedente. Incitó el demonio á Racimino, dueño de la heredad de Ebronato, para que despojase del oratorio al Santo bajo el pretesto de construir en ella una parroquia en la que se celebrasen los oficios divinos; hizolo así, pero antes de ver concluida la fábrica, le castigó el cielo con una muerte desgraciada en pena de su atentado. Nombróse por sacerdote de aquella iglesia un presbítero llamado Justo, que solo tenia de tal el nombre pero no las obras, el que persiguió al siervo de Dios en términos, que no satisfecho con haberle reducido á la última miseria, ni aun le per-